

La demanda de sentido y el sentido del síntoma en orientación vocacional

Gabriela Baumgarten González
Pablo Picardi Marassa *

Es indudable que las teorizaciones sobre orientación vocacional en México, se encuentran en déficit con respecto a otras prácticas tradicionales de la psicología. Parecería que las contribuciones teóricas y las aportaciones técnico-metodológicas, no encontrarán cabida en una práctica cuyo lugar en las instituciones es más bien marginal. En nuestro país, lo común es encontrar orientadores que abordan su labor desde un marco teórico-funcionalista donde subyace una concepción del sujeto consciente, autónomo. La orientación desde esta lógica se aborda describiendo y/o cuantificando habilidades, intereses, aptitudes y valores, cuya suma daría como resultado, la sugerencia de carreras más adecuadas para cada individuo. Por otro lado, las instituciones educativas, al otorgar un lugar secundario a la orientación, concretizado en los escasos presupuestos, la infraestructura inadecuada, el exceso de jóvenes por atender, los bajos salarios, etcétera, sientan las bases para convertir a la orientación en un trabajo rutinario. El practicismo que se instaura junto con las escasas posibilidades de capacitación y formación profesional, han llevado a los orientadores a la reproducción de formas de trabajo enajenadas y enajenantes, ya que muchos de ellos ni siquiera son conscientes de las bases teóricas que sustentan en su quehacer cotidiano con los jóvenes.

Sin embargo, más que abordar los factores de orden contextual que inciden en el campo profesional de la orientación, quisiéramos señalar al menos dos aspectos que nos parecen relevantes para situar el problema de la escasa producción teórica en el campo.

* Académicos del Centro de Orientación Psicológica de la Universidad Iberoamericana.

1º Creemos que el objeto de estudio de la orientación vocacional, el sujeto en proceso de elección de una ocupación y/o profesión, plantea problemáticas epistemológicas importantes que remiten necesariamente a elaborar y/o partir de una concepción del sujeto, que en nuestro campo se ha dado en llamar *adolescente*.

Consideramos que existen bloqueos semánticos, y/o significantes ideológicos que inventan caracterizaciones descriptivas de la adolescencia, de las cuales se puede deducir una concepción de ésta como un pasaje lógico dado por la edad.

Pensamos que el concepto de adolescencia hay que darle una especificidad, un contenido que dé cuenta del proceso de estructuración subjetiva que se cumple o no en esta etapa. Compartimos los planteamientos de Ricardo Rodolfo que señalan: "toda la cuestión puberal puede pensarse desde la perspectiva de exigencia de trabajo simbólico"¹, es decir, que el sujeto es agente activo en su proceso de estructuración, proceso que supone avances, fijaciones y retrocesos. Trabajo que permite aislar puntos de conflicto, de urgencia, como son el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, la elaboración de duelos que se implican al matar al niño ideal, el desplazamiento de una sexualidad infantil a la genital, etcétera.

2º Por otra parte, la orientación vocacional es un campo de problemáticas donde entran en juego factores de orden institucional, social, histórico y político que confluyen en la práctica misma. Por lo tanto, concebimos que debe ser abordada desde una perspectiva interdisciplinaria del conocimiento que permita entenderla desde su complejidad y atravesamiento.

Nuestra pretensión es ir estructurando un *marco teórico* referencial y operativo que contribuya a dar un contenido diferente a la orientación vocacional en nuestro medio. Partimos de tres ejes fundamentales: el psicoanálisis francés, los aportes de Castoriadis, específicamente los relativos a los imaginarios sociales, y la psicología social analítica. Las dificultades que enfrentamos son numerosas y complejas. En primer lugar, las teorizaciones que hemos ido formulando han sufrido modificaciones y reestructuraciones permanentes, producto de discusiones internas, críticas y retos que nos plantea la práctica con los jóvenes. Por otra parte, confrontar estas teorizaciones con otros interlocutores ha sido difícil, ya que

¹ Rodolfo, Ricardo *Estudios Cláicos*, Edit. Paidós 1992, p. 154.

en México lo dominante es el funcionalismo o bien el psicoanálisis del yo norteamericano. Por último, señalaremos que la misma producción teórica y la práctica abren constantemente nuevas preguntas, nuevos cuestionamientos.

El presente trabajo aborda dos problemas que consideramos centrales: *la demanda en orientación vocacional* y los determinantes inconscientes que llevan al joven a *la estructuración del síntoma de la no decisión* sobre su futuro como profesional. Dos conceptos que nos ayudan a repensar las implicaciones que se juegan en el vínculo del joven con el orientador. El texto está elaborado desde algunos conceptos psicoanalíticos, que sin extrapolarlos mecánicamente, nos ayudan a pensar y reflexionar la problemática y especificidades del campo de la orientación vocacional, con lo cual, y esto nos parece importante remarcar, no es convertir a la orientación en una práctica psicoanalítica. Nuestra aportación se sitúa en una lectura posible, lectura que pretende convocar a la discusión, a la crítica, al debate.

La demanda en orientación vocacional

Hablar de demanda en orientación vocacional desde nuestra perspectiva, es preguntarnos ¿quién demanda? ¿a quién le demanda? ¿qué demanda? ¿para qué o para quién?

El joven que solicita el servicio de orientación plantea:

"Estoy en una *indecisión* total, *no sé* que estudiar."

"Yo quiero que me *digas* que estudiar, *no sé*, estoy confundida."

"Yo quiero *saber* cuáles son mis aptitudes."

"Yo quiero *ser* un gran profesionalista, pero me gustan muchas carreras."

Así comienzan a formular su demanda, en la primera entrevista grupal.

También expresan que acudieron al Centro de Orientación Psicológica de la Universidad Iberoamericana, porque debe ser un servicio excelente si la universidad lo ofrece, y el orientador que trabaja ahí también debe ser muy bueno.

De esta manera surge una demanda imaginaria a la institución y al orientador. Ambos son colocados de entrada en el lugar del

saber, de la verdad, de la excelencia, que le van a proveer al joven de los dones que él necesita.

La demanda se instaura aquí, como un llamado al Otro, que intenta eliminar lo fundamentalmente incompleto del ente humano, mediante la restitución imaginaria de la primera fusión original (con la madre). Es evidente que tal restitución resulta imposible, a no ser en el plano fantasmático, ya que ningún objeto puede colmar la falta inherente a la constitución como sujeto psíquico. Es más, la demanda, al hacer un pedido a alguien, queda sujeta a la lectura del Otro estableciéndose una ruptura, ya que entre lo que uno pide y el Otro ofrece se establece un vacío, siendo esto condición de desilusión para ambos protagonistas, pero finalmente la causa del deseo.

Como hemos mencionado, la demanda siempre es una evocación al Otro para encubrir una falta. Los jóvenes que solicitan el servicio de orientación vocacional, al enfrentar una situación que les remite a su carencia de ser, a su falta de proyecto hacia un futuro, formulan una demanda al orientador, un pedido que les permita llenar ese vacío de proyecto. Lo que solicitan es que alguien les diga algo que recubra de nuevo esa sensación, revivida, de estar arrojado a una existencia incierta.

En la entrevista y a lo largo del proceso grupal, emerge la demanda, se expresa con rodeos, camuflada a veces, de forma directa al orientador. Demanda que hace surgir los fantasmas y que van colocando al orientador como el *sujeto supuesto saber*. El joven imagina que el Otro sabe sobre sus respuestas, sus deseos, por eso hace este llamado, por eso va expresando su demanda de sentido y sus deseos de certezas, de no equívoco, de garantía, de completud.

Imágenes especulares, fantasmáticas que el sujeto elabora respecto al Otro y que muestran el amor y el odio. En este nivel imaginario surgen las creencias, mitos, estereotipos, juicios, prejuicios, supuestos implícitos, en resumen, la ficción que se establece en el habla, por el solo hecho de hablar. La palabra del sujeto crea sitios de poder ficticio, en donde coloca al orientador.

Sin darse cuenta, el adolescente le asigna a su interlocutor el lugar del *sujeto supuesto saber*. Dirigiéndose a él, intenta encontrar razones de su síntoma. El Otro como destinatario de su queja y de la búsqueda de un saber, donde el joven busca respuestas

porque cree posible encontrarlas. Su palabra, al anunciarse, crea al dios que la escucha.

El *sujeto supuesto saber* es una suposición estructural y estructurante del proceso de la experiencia de orientación vocacional. Es inherente al hecho mismo de hablar. Mientras haya un decir y un escucha, estará el Otro como razón suficiente.

El trabajo de orientación vocacional surge así, sobre la base de un malentendido profundo. Porque el joven demanda algo a quien no lo ofrece. Sin embargo, esta demanda es indispensable para la iniciación del camino de búsqueda de su saber que debe iniciar el adolescente, que va más allá de la simple profesión o carrera. Ya que detrás de su demanda consciente, están los múltiples sentidos inconscientes, fantasmáticos, que expresa el adolescente. Asimismo, cree en todos los poderes de la ciencia y del saber.

El orientador debe mantener al *sujeto supuesto saber* en posición tercera, para establecer un corte en la relación dual imaginaria, una separación para no situarse en el lugar del saber o por lo menos no alojarse allí, es decir, debe ir descolocándose y ocupar el lugar en el nivel del código, del discurso simbólico, para que el adolescente comprenda que el único que sabe lo que a él le pasa, que el único que sabe sobre su deseo es él mismo. Esta situación surge cuando el orientador pone a trabajar la demanda. Así van emergiendo múltiples sentidos, que el joven debe ir simbolizando, significando los sentidos inconscientes de la misma. Así se van produciendo las rectificaciones, los cambios en su demanda. Este proceso irá desarticulando los fantasmas inconscientes que le producen una ceguera al joven, sobre su deseo, su saber y su verdad. Porque su demanda se alimenta de una imagen falsa de la solución a su síntoma, de no decisión.

Como dice Nassio, en las primeras entrevistas tenemos que introducir con nuestras intervenciones una "cuña en la relación del sujeto con su demanda, permitirle rectificar su posición subjetiva con respecto a su sufrimiento, modificar la forma en que él mismo experimenta y vive su sufrimiento"². El orientador al poner a trabajar la demanda debe posibilitar que el joven pueda comprender e ir modificando la versión y las creencias inconscientes que se da sobre sus síntomas y sus conflictos. Se debe ir tratando que no

² Nassio, J. D., "La curación un punto de vista Lacaniano", compilación de *Esquisses Psychanalytiques*, Lacan Hoy, Editorial Nueva Visión; Bs. As. 1993, pp. 189-190.

hable el yo imaginario, sino el sujeto de lo inconsciente. Así cuando el joven puede ir atravesando, disolviendo, desarmando sus fantasmas imaginarios inconscientes, podrá ir haciendo emerger sus deseos. Para ello el orientador debe hacer que el joven se pueda preguntar sobre los desvíos o múltiples sentidos de su demanda, que pueda ir descubriendo los significantes principales: *saber* y *ser*. Que el joven vaya produciendo el árbol de conexiones, que conecta con otros nudos en la red de significantes que expresan su deseo, en relación al Otro imaginario.

El sujeto de lo inconsciente sujetado al Otro se pregunta: ¿qué desea el otro de mí? ¿cómo me desea? ¿qué desea que yo desee? ¿qué desea que yo sea? ¿cómo tengo que ser? y ¿qué desear para satisfacerlo? ¿colmarlo? El sujeto en su deseo alienado en el deseo del Otro que imaginariamente y narcisísticamente desea ser objeto de amor para el Otro. Ser el deseo del Otro para así creer que puede ser reconocido por él.

En orientación vocacional es muy común ver cómo el adolescente se plantea la elección de su carrera desde el deseo de los padres, eligiendo la carrera que los padres desean; cree que los va a satisfacer, cancelándose como sujeto de deseo. Siendo objeto que puede satisfacer a Otro. No se arriesga a preguntarse sobre sus deseos y en qué profesión pudiera concretarlo.

Por otra parte, el orientador no debe transmitir un saber textual, sino que debe ayudar a la producción de un saber inconsciente que se produce en la relación de un significante con otros significantes, en una cadena que está articulada de tal modo como para que, en cierto momento, surja la verdad.

Por ello el orientador no debe responder a la demanda del joven desde el lugar del Otro, no debe creerse que es ese sujeto del saber supuesto, porque entonces obtuaría toda posibilidad de trabajar con el adolescente. Le haría creer que sí, efectivamente él sabe lo que le pasa, que él sabe como el gran oráculo sobre su deseo, situación que reproduciría un juego alienante, una puesta en escena de los fantasmas del joven, que vería la posibilidad de concretarlo en lo real. Dinámica que el orientador inconscientemente puede reproducir desde su narcisismo, creyendo que él efectivamente es el portador de ese saber y del deseo, creando un juego de espejos imaginarios donde el adolescente no tendría ninguna salida.

El orientador debe plantearse que sobre el texto que el joven va escribiendo, aunque éste no lo sabe, tiene el saber sobre sí mismo. Que sobre ese texto el orientador no sabe nada (ni tiene por qué saberlo *a priori*). El orientador sólo sabe sobre el sentido de la experiencia grupal (por eso plantea el encuadre y las reglas del juego del proceso) y no de sus contenidos, ni de las vicisitudes que los fantasmas, los deseos y las significaciones van a ir teniendo para el adolescente y el grupo. Estos contenidos los va a ir dando el joven y el grupo, a partir de poder ir simbolizando los fantasmas, descubriendo –descubriéndose– en las múltiples significaciones que pueda ir dando a los significantes individuales y grupales, para así poder desplegar sus deseos, concretándolos en una identidad personal, profesional, en un proyecto de vida, en un proyecto profesional, en un proyecto de ser.

Para ello, el sujeto debe aceptar la falta en el Otro y en él mismo; en el proceso de encuentro con su propio deseo, debe dejar la posición de objeto del deseo del Otro, en favor de la de sujeto deseante.

La no decisión como un síntoma

Cuando se menciona el término síntoma, se evocan comúnmente las palabras: enfermedad, patología, diagnóstico, curación, médico. Es fácil suponer que estas asociaciones que desencadena el término, obedecen a toda una tradición médico-legal, que a través de la detección de síntomas, correlativos siempre a determinados agentes etiológicos, diagnostica una enfermedad y las indicaciones "curativas" que desencadenarían en la eliminación del cuadro patológico. A diferencia de la concepción médica, en la cual el síntoma es indicación de la existencia de una enfermedad, retomaremos la acepción de este concepto desde el psicoanálisis, donde el síntoma es una coincidencia, una producción singular cargada de significación, de sentido.

Leer la no decisión del joven que se acerca a la orientación vocacional como un síntoma, nos permite acercarnos a la comprensión del sentido singular que tiene, la incertidumbre del sujeto, en la trama de su historia. Sabemos que los actos sintomáticos propician que el sujeto se interroge, se pregunte acerca de su ser, de su

deseo, enfrentándose a una fisura donde el saber sobre sí mismo se encuentra cuestionado, ya que los actos sintomáticos caracterizan a un sujeto desbordado por su actuar. Los jóvenes que se acercan a consultarnos, quieren saber algo de ellos que ha quedado fuera del campo de su comprensión, formación sintomática representada en un no saber de sí mismo y que nos permite comenzar poco a poco a inmiscuirnos en el libreto de su historia, a través de las puntualizaciones de su discurso. Demos ahora un paso más y comencemos a discutir la concepción de síntoma en psicoanálisis y cómo ésta es trasladada al campo de la orientación vocacional.

El término síntoma, significa literalmente: coincidencia, es decir, cosas que inciden juntas. En la práctica hemos detectado que en la indecisión y/o confusión del joven sobre su opción profesional, se conjugan diversas inscripciones como son los ideales, las presiones familiares y sociales, el enfrentamiento de carencias, el pasaje impuesto de un lugar social a otro, en ocasiones no coincidente con el tiempo subjetivo del joven; inscripciones que se configuran en una formación sintomática de "no decisión". Es como si el joven se "refugiara" en su no saber y en su indecisión para no enfrentar, aunque sea por un tiempo, las implicaciones que tendrá saber, saber(se) y elegir, con las renunciaciones que ello conlleva.

En el espacio construido en orientación vocacional, el joven en la búsqueda de una identidad profesional, exterioriza su dilema, transitando desde su no saber de él mismo, a un deseo de saber. Saber que deposita en el Otro-orientador, ya que el sujeto ignora que no hay más saber de sí mismo que el propio, el que ha incorporado desde su infancia, desde su lugar de sujeto. *Saber*, que en última instancia, enfrenta al sujeto a sus carencias y faltas, a entender la incertidumbre de su destino. Un saber que a su vez no se desea saber.

En la elección de una carrera, el trabajo del orientador es devolver al sujeto sus preguntas, su saber y la ignorancia respecto a su devenir, desenmascarando sus fantasías e ilusiones, para que pueda acceder a poner en balanza lo que es, puede y quiere, con las opciones que le ofrece la sociedad. La ignorancia aquí, puede ser entendida como una defensa, como una resolución tentativa que permite posponer el hallazgo de respuestas que pueden ser intolerables para el sujeto.

Freud plantea que los síntomas son el resultado de un conflicto inconsciente, donde dos o más fuerzas se enfrentan y coinciden bajo la forma de un síntoma. Esto es, que las fuerzas en pugna se reconcilian, por así decirlo, en una formación de compromiso que intenta dar una salida, un movimiento positivo hacia la resolución de un sufrimiento no tolerado. "Los síntomas son la expresión de una batalla". Ilustremos con un caso, el conflicto en juego que se concretizó en la no decisión, en el no querer saber como defensa y como salida posible.

Una joven de 17 años se acercó a consultarnos e ingresó a un grupo. En la primera entrevista nos dijo que ella venía a confirmar su decisión de estudiar administración de empresas; expresó que no estaba muy convencida porque ella era muy indecisa, insegura y tímida. En el transcurso de las sesiones manifestó un malestar, decía estar cada vez más confundida y anunció, en dos ocasiones, que no regresaría más. El cuadro familiar que se fue construyendo en las sesiones es el siguiente: ella es la hija mayor de tres mujeres, a su madre la describe como sumisa, dependiente, sin poder de decisión en los asuntos importantes de la familia. El padre es presentado como autoritario, irracional y con el que no se puede discutir. La dinámica familiar gira en torno a cumplir con los mandatos paternos. Describe escenas familiares donde ella ha tenido que someterse a los designios del padre: "me tuve que cambiar de escuela", "le dejé de hablar a una amiga que no le caía bien a mi papá". Descubre, que a lo largo de su vida no ha decidido nada por sí misma, ni en las cosas más triviales le es fácil optar: "hoy me cambié de ropa cinco veces para venir aquí, no sé si me veo bien, me ganó el tiempo".

La opción de carrera expresada en un inicio apareció inscrita en esta dinámica. El padre sugirió, ordenó a la joven, administración de empresas como opción de carrera. La no decisión se instauró aquí como una defensa cargada de angustia, como un intento, deseo de separarse del deseo del padre. La identificación con la madre mujer está asimismo cargada de afectos y significaciones contradictorias que le fueron causando enojo en un momento y sumisión en otro. En esta joven, la no decisión jugaba un papel importante en su intento de tomar por primera vez las riendas de su destino, condición que le permitiría construir otra imagen de sí misma, como mujer, diferente a la de su madre.

Retomando o quizás tomando por primera vez la pregunta sobre su deseo, el conflicto se anudó entre dos vertientes contradictorias que acrecentaron su confusión. La primera se manifestó en un intento de no hacerse cargo de su deseo, ya que le resultaba más fácil que el Otro, que encarna al padre, deseará por ella, en una actitud aparentemente pasiva, puesto que le implicaba a la joven un despliegue de actividad y un alto costo afectivo. La segunda vertiente se perfiló en un intento de ruptura con la primacía del padre como ley arbitraria, que requería necesariamente una transmutación, una verdadera metamorfosis de sus vínculos familiares y de la percepción de ella misma. La cuestión en juego se complejizó al entrar en escena en la elección de carrera, el deseo de no desear en compañía de un deseo de llegar a ser.

Como en los síntomas, la indecisión expresa un deseo rechazado por la realidad. Deseo desfigurado, desplazado a otro ámbito, condensado en no querer saber quién se desea ser. En la elección se jugaba, o bien la alienación de su deseo al deseo del Otro (padre) identificándose con la sumisión de su madre, o bien la posibilidad de elegir un destino diferente. La carga de angustia, sus intentos de irse, la ambigüedad y confusión acrecentada que vivió en el proceso, se perfilaron como otra escapatoria en el no saber sobre su deseo, reemplazando un conflicto exterior por uno interior. Entramador en el vivenciar del sujeto, la carencia de respuesta a la pregunta qué estudiar, adquiere así un sentido estrictamente subjetivo, singular.

Entender la no decisión como un síntoma es privilegiar, detectar puntos de urgencia, puntos de conflicto que guíen el trabajo del orientador. Es entender teóricamente los procesos comunes por los que atraviesan los sujetos en elección. Los conceptos hacen factible juntar, articular, ordenar las demandas y discursos que a simple vista suenan tan disímiles, contradictorios y diversos. La generalización conceptual no debe, sin embargo, hacernos caer en una trampa, esto es, dejar en el olvido la singularidad de nuestros consultantes. En la práctica hemos detectado otras formaciones sintomáticas que se enlazan, entrecruzan, actúan como verdaderos obstáculos en el trabajo de orientación y que se inscriben en la estructura psíquica particular de cada sujeto.

Si pensamos que frente a la elección de su futuro, el joven se introduce en un proceso que implica el hallazgo de una identidad

profesional y que este proceso implica una reedición de las dificultades que sorteó o no, en la búsqueda de su identidad personal, tendremos que bordear a través de su discurso y sus producciones fantasmáticas, como se ha estructurado entre otros aspectos su ideal del yo, sus identificaciones, la imagen de sí mismo como ser sexuado, su identidad como hombre o como mujer, así como las formaciones sintomáticas que ha estructurado en su intento por desembarazarse de sufrimientos intolerables.

En el trabajo de orientación, hemos detectado la instauración de frenos de carácter individual, pensables como síntomas, como son la omnipotencia, la devaluación, la eterna duda, la depresión, la "bella indiferencia", la escisión entre lo que se piensa y se siente, etcétera. Síntomas que impiden al sujeto pensar y pensarse, y por ende, elaborar un ensayo anticipatorio de su futuro. Puntualicemos abordando algunos de estos aspectos.

La omnipotencia como una característica narcisista, al entrar en escena en el conflicto del sujeto, se impone comúnmente en la proyección de una imagen ideal inalcanzable. En este contexto, la elección de una carrera es cargada de una significación que rebasa su sentido, es decir, que el deseo no sólo es encontrar una carrera que guste, sino hallar la felicidad, el poder, el triunfo, la posibilidad de encontrar a la mejor pareja, la seguridad personal y económica, etcétera. El ideal de perfección obtura la visualización de carencias, de fallas personales, de la falta esencial del ser que da fuerza y movilidad al deseo, instituyéndose como una barrera en la percepción de un ideal más cercano a lo posible.

En la experiencia de elección, con frecuencia se pone en primer plano a una especie de inercia adhesiva al "Yo ideal", cuya misma idealización impide que el sujeto se cuestione, cerrándole el paso a todo ensayo posible, a toda puesta en marcha de un proceso de elección, el cual supone, de forma necesaria, renunciaciones con las cuales se pueda construir un ideal, porvenir, más realista, más cercano al "ideal del Yo". Recordemos que el "Yo ideal" construido en esa relación dual fusionante con la madre, actúa en un "ya ahí, cuya perfección a la vez fascina y aplasta al sujeto", ideal de retorno al paraíso perdido, cuya instalación hace que se malogre un deseo más realista del futuro, es decir un "ideal del Yo" construido a partir de una perspectiva del futuro, donde el llegar a ser pueda ser posible.

Es así como la omnipotencia, el narcisismo y la fijación en el "Yo ideal imaginario" se convierten en verdaderas barreras en el proceso de elección, es decir, se instituyen como formaciones sintomáticas, cuyo sentido sólo es posible aprender al introducirnos en la comprensión de la conformación, histórica y particular, del psiquismo de cada joven.

Como una última idea, puntualizaremos algunas líneas que permitan situar el carácter y la perspectiva metodológica del trabajo a la luz de esta postura teórica:

1. La experiencia debe traducirse en una búsqueda de que el joven realice una "rectificación subjetiva", es decir, lograr una modificación de la relación del joven con su demanda inicial, dándole un nuevo sentido.

2. A partir de nuestra escucha, intervenciones y preguntas, debemos tender a que el sujeto se replantee la forma en que él mismo interpreta su vida y sus perspectivas a futuro.

3. Es necesario favorecer el pasaje de lugares en que se ubica el sujeto y ubica al orientador en la transferencia, esto es, permitir el salto de "dime, porque tú sabes" a "yo me digo", "yo decido", "yo sé lo que deseo ser".

4. Trabajar escuchando al sujeto del inconsciente, buscando los actos sintomáticos que rebazan y desbordan el Yo consciente, captando en cada momento las líneas de fisura por donde se escapa el deseo, el sufrimiento, la carencia del ser.

5. La demanda y las formaciones sintomáticas deben ser entendidas a partir de las singularidades en el juego grupal, trabajables siempre de manera indirecta a partir del discurso y de las producciones fantasmáticas.

Parecería claro que la decisión de carrera sería entonces un efecto por añadidura, un resultado logrado siempre de manera tangencial.